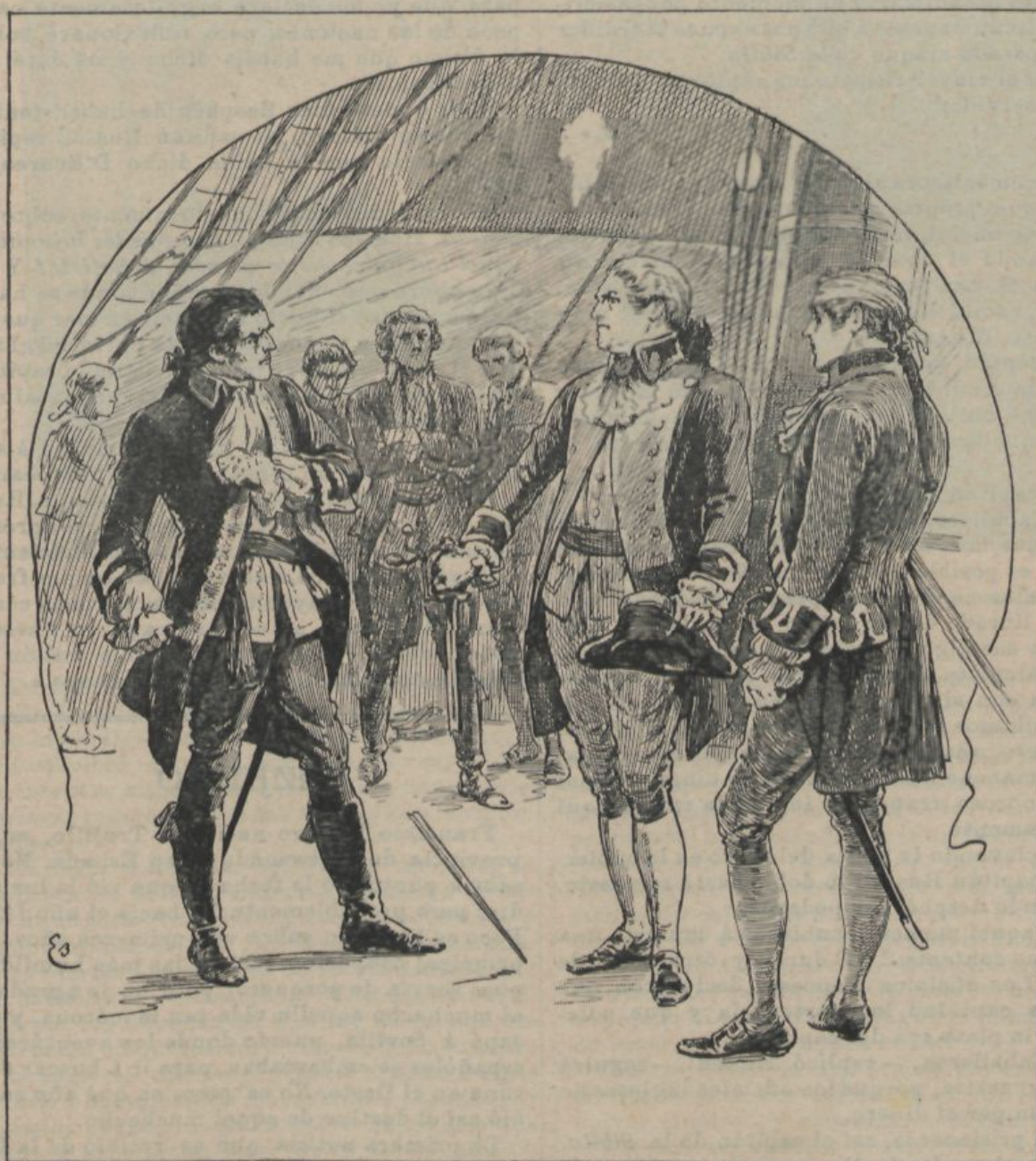


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, agosto de 1895 ✧ NÚMERO 46



HAZAÑAS NAVALES

Clavando la punta del acero en la cubierta, el capitán Russell lo dobló hasta romperse

SUMARIO

Un capítulo sobre hazañas navales (conclusión).—Pizarro.
Pensamientos

UN CAPÍTULO SOBRE HAZAÑAS NAVALES

(Conclusión)

«Terminaré mi carta haciendo especiales elogios de los que me han ayudado á conservar mi honor, entre los cuales figuran en primer término mi teniente Griffin, el contramaestre Gum, el teniente Hemline, el piloto M'Neil y los demás oficiales, que se han batido como héroes, sin desanimarse un momento por las críticas circunstancias á que nos expuso el traidor é inesperado ataque de la *Sibila*.

»Con el mayor respeto me repito su más humilde servidor

»T. M. Russell.»

Citaremos ahora algunas circunstancias que, aunque no propias para insertarlas en un documento oficial, no dejan de ser interesantes.

«Cuando el capitán de la *Sibila* entregó su espada al capitán Russell en la cubierta del *Húsar*, comenzó á pronunciar un discurso muy pomposo, diciendo:

—Aceptad, caballero, una espada que nunca se había rendido antes, y comprenda mi pesar al verme obligado á ello por el comandante de un buque que contaba una mitad menos de fuerza.

»El capitán Russell contestó:

»—Caballero, no puedo aceptar elogios para mi buque, mis oficiales y tripulantes, porque no me es posible devolverlos. No nos batíamos en iguales condiciones; pero el Todopoderoso me ha librado de ser objeto de burla del más perverso enemigo. Si hubieseis comenzado la lucha lealmente, ahora habría recibido vuestra espada con simpatía; mas en el caso en que nos hallamos la tomo con desprecio. Y ahora, caballero, añadiré que, á fin de que esta espada no manche nunca la mano de ningún oficial pundonoroso, francés ó inglés, la rompo aquí públicamente.

»Y, clavando la punta del acero en la cubierta, el capitán Russell lo dobló hasta romperlo, arrojando después los pedazos.

»En aquel momento subieron á cubierta una caja que contenía 2,500 duros y otra llena de plata. Los oficiales franceses declararon que aquella cantidad les pertenecía y que solamente la plata era del capitán.

»—Caballeros, —replicó Russell,—seguirá siendo vuestra, porque los oficiales ingleses no se baten por el dinero.

»Los prisioneros, así el capitán de la *Sibila*, que era el conde de Kregaron, como los oficiales, fueron tratados con las mayores atenciones, dejándoseles pasear por la cubierta cuando lo deseaban; mas, á pesar de todo,

mostrábanse descontentos; y hasta algunos quisieron influir en el ánimo del capitán Russell para que devolviese la libertad al conde. El caballero D'Ecures, segundo capitán de la *Sibila*, solicitó una conferencia con Russell, á quien dijo que el conde era muy favorito de la corte de Francia, y que si le dejaba en libertad se comprometería á no atacarle nunca en el caso de volver á encontrarle, por inferiores que fuesen sus fuerzas. Como Russell contestara que probablemente no sucedería así, porque la guerra tocaba á su término y que, en todo caso, no temía ataque ninguno,

»—¡Caballero,—replicó el capitán D'Ecures impetuosamente;—el conde os retará personalmente!

»—Sobre este punto,—repuso Russell,—me abstendré de tratar ahora, pues no es cuestión para que yo me declare orgulosamente campeón de las naciones; pero reflexionaré sobre lo último que me habéis dicho y os daré mi contestación.

»Seis ó siete días después de haber tenido lugar este diálogo, el capitán Russell repitió al conde lo que le había dicho D'Ecures, y añadió:

»—He reflexionado maduramente sobre el asunto. Homero dijo: *¿Cómo puedes injuriar á aquel con quien no te atreves á batirte?* Y yo digo ahora que cuando el señor conde se halle libre aceptaré el duelo lo mismo en mar que en tierra, á pie ó á caballo y en la parte del globo que él elija. Supongo que el segundo capitán será su padrino: el mío lo será un caballero digno de ceñir espada.

»El tono del capitán Russell impuso á sus contrarios, que no pensaron ya en provocarle.

»Las congratulaciones y aplausos que Russell obtuvo por su pericia y valor en el apresamiento de la *Sibila* fueron más que suficientes para satisfacerle. La captura del buque francés fué de la mayor importancia, pues como resultado de ella su convoy cayó en nuestro poder, obteniéndose más de medio millón de libras esterlinas del valor de las presas.»

PIZARRO

Francisco Pizarro nació en Trujillo, en la provincia de Extremadura, en España. No se sabe á punto fijo la fecha en que vió la luz del día; pero probablemente fué hacia el año 1471. Poco se ha dicho sobre sus primeros años. Su principal ocupación fué de las más humildes, pues servía de porquero; pero no le agradaba al muchacho aquella vida tan monótona, y escapó á Sevilla, puerto donde los aventureros españoles se embarcaban para ir á buscar fortuna en el Oeste. No sabemos en qué año cambió así el destino de aquel muchacho.

La primera noticia que se recibió de la llegada del joven al Nuevo Mundo decía que se hallaba en Hispaniola en 1510. Después de esto le vemos asociado con Balboa, el descubridor del Pacífico, y cooperando con él para estable-

cer una colonia en Darién. Tuvo la gloria de acompañar á este intrépido caballero en su terrible marcha á través de las montañas, y de figurar, por lo tanto, entre los primeros europeos cuyos ojos se regocijaron en la visión del Océano del Sur, tan largo tiempo prometida. Después de la temprana muerte de su jefe, Pizarro unió su suerte con la de Pedrarios, y el gobernador le ocupó en varias expediciones militares.

magro y Hernando de Luque. Compráronse dos pequeños barcos; Almagro reunió unos cien hombres, ó poco más, y Pizarro, encargándose del mando, marchó á Panamá á mediados de noviembre de 1524. Almagro debía seguirle en un barco más pequeño.

Al cabo de algún tiempo, Pizarro llegó al río Birú, y después de recorrerle en un espacio de unas dos leguas resolvió anclar, á fin de emprender una exploración por el país. La tierra



HAZAÑAS NAVALES: Estaba mirando con un anteojito... y casi en el mismo instante prodújose la explosión

En 1515 se le eligió, con otro caballero llamado Morales, para cruzar el Istmo y traficar con los indígenas en las orillas del Pacífico, y allí concibió, sin duda por primera vez, la idea de intentar algún día la conquista de las misteriosas regiones situadas más allá de las montañas.

En 1522, Andagoza volvió sin terminar su empresa en el S. de Panamá, llevando consigo numerosos informes sobre la opulencia y grandiosidad de los países situados más allá. No se podía formar idea de la distancia á que se hallaban, y las fatigas y dificultades sufridas por los navegantes que siguieron aquella dirección comunicaban cierto carácter lúgubre á la empresa. No hay prueba alguna de que Pizarro manifestara entusiasmo alguno por aquella causa, ni era hombre de fondos que pudiese esperar un buen éxito sin el auxilio de los demás; pero lo encontró en Diego de Al-

era al principio un inmenso pantano, donde copiosas lluvias habían formado lagunas en que el agua y el cieno se habían estancado; de modo que en aquel suelo no se podía sentar el pie. Espesos bosques flanqueaban aquella especie de páramo, y más allá el terreno era tan pedregoso, que cuando, al fin, llegaron á él los aventureros, después de vencer grandes dificultades, se laceraban los pies lastimosamente. El calor era algunas veces tan sofocante, que los aventureros llegaron á estar exhaustos, no solamente por esta circunstancia, sino también por la falta de víveres, habiéndose dejado caer en tierra algunos hombres por no tener ya fuerzas para andar.

Pizarro, lejos de arredrarse por esto, trató de reanimar á sus compañeros; dió orden de volver al barco, y enderezaron el rumbo hacia el S.; pero en aquella nueva dirección fueron batidos por las terribles tempestades de los

trópicos; los víveres comenzaron á disminuir, al paso que el agua escaseaba, y muy pronto no se pudo dar á cada hombre más que cierta cantidad de trigo una vez al día. Entonces se dirigieron hacia el puerto donde habían tomado víveres y agua, y vieron que el país presentaba el mismo carácter pantanoso que en el lugar donde antes habían desembarcado. No podía darse nada más triste y desolado que aquellos lóbregos bosques, con su atmósfera húmeda y sofocante y sus continuas lluvias.

ticia de que se veían luces á través de los bosques, y entonces Pizarro, acompañado de alguno de los suyos, fué á practicar un reconocimiento, durante el cual llegó á un pueblecillo indio. Los habitantes abandonaron sus chozas poseídos de espanto, y los hambrientos españoles se hicieron dueños al punto de cuanto contenían. Al cabo de más de seis semanas, Montenegro volvió con víveres: los vientos contrarios que soplaban de continuo y el mal tiempo habían sido el motivo de su tardanza,



HAZAÑAS NAVALES: —¡Juradme, amigos míos, que no se arriará el pabellón!

Los aventureros comenzaron á murmurar muy pronto, renegando de su suerte; acusaron á su jefe de haberlos engañado y manifestaron deseos de volver á Panamá.

Mas Pizarro estaba dispuesto á sufrir mucho más antes que pasar por la humillación de volver á Panamá sin haber conseguido nada, y, en su consecuencia, no accedió á la petición, consintiendo solamente en que el barco volviera á la Isla de las Perlas en busca de víveres, á las órdenes de un oficial llamado Montenegro.

Transcurrió una semana y otra sin que se tuvieran noticias del barco que debía llevar auxilio á los aventureros; muchos murieron de hambre, y otros á consecuencia de comer la fruta venenosa que hallaban en los bosques; más de veinte habían sucumbido ya, y era de temer que pronto les siguieran los que sobrevivían. En aquella crisis, alguno trajo la no-

y también dijo que habían sufrido mucha hambre y miseria antes de llegar á la isla.

Reanimados por el alimento, los españoles se embarcaron de nuevo, abandonando lo que ellos llamaron propiamente *Puerto del Hambre*. Hicieron rumbo en la dirección S.; mas como el tiempo comenzó á ser muy tempestuoso, cayendo una copiosa lluvia acompañada de truenos y relámpagos, anclaron á un punto que Pizarro llamó *Punta Quemada*. A cosa de una legua, tierra adentro, encontraron un pueblo indio más grande que el anterior: los habitantes huyeron, dejando sus provisiones y algunos objetos de oro, que los españoles se apropiaron.

Después de esto, Pizarro destacó una pequeña partida al mando de Montenegro para reconocer el país. Los naturales, al ver divididas las fuerzas de los invasores, resolvieron atacarlos separadamente antes de que pudieran

reunirse de nuevo, y muy pronto una nube de flechas oscureció el aire, sorprendiendo á los aventureros, de los cuales murieron tres, quedando varios heridos; pero los demás cargaron al enemigo, rechazándole hasta las montañas. En aquella ocasión, Pizarro recibió siete heridas, y, admirados los indios al observar su valor, comenzaron á desfallecer, mientras que Montenegro, llegando en aquel instante, acabó de poner en fuga al enemigo. Sin embargo, aquella victoria costó cara, y, habiéndose celebrado un consejo de guerra, se acordó volver para dar cuenta al gobernador de lo que se ha-

pero perdió un ojo á consecuencia de una herida en la cabeza. Después, tocando en varios puntos, apoderóse de un considerable botín en oro; pero estaba inquieto sobre la suerte de Pizarro, y, creyendo, al fin, que habría perecido en el mar, resolvió emprender el viaje de vuelta. Llegado á la Isla de las Perlas, supo el resultado de la expedición de su amigo, y se le dió conocimiento del lugar donde se hallaba. En su consecuencia, se dirigió á Chicamá, donde encontró á su compañero, á quien dió cuenta de lo que había hecho. Almagro volvió mejor provisto de oro que Pizarro, y durante



PIZARRO

bía hecho. Pizarro no podía avenirse á presentarse ante aquél en tal situación, y, en su consecuencia, quiso que se le dejara en la costa con la mayor parte de su gente, en un punto llamado Chicamá, á corta distancia de Panamá. Desde aquí envió el barco con su tesorero, Nicolás de Ribera, á quien confió el oro que se había recogido, dándole instrucciones para verse con el gobernador y darle cuenta de sus descubrimientos y del resultado de la expedición.

El asociado de Pizarro, Almagro, no había perdido el tiempo durante la ausencia de su compañero; tenía ya otro barco en disposición de hacerse á la vela, y muy pronto se puso en marcha con la esperanza de alcanzarle. Por cierta manera de señalar los árboles, pudo reconocer los sitios visitados antes por Pizarro. En Punta Quemada fué recibido con las mismas demostraciones hostiles que su compañero hallara, y este contratiempo le exasperó de tal manera, que lo llevó todo á sangre y fuego, incendiando las viviendas de los habitantes, á quienes obligó á refugiarse en los bosques;

la travesía pudo asegurarse de la existencia de algún grandioso y opulento imperio en el Sur, por lo cual los dos amigos comprometieron mutuamente á morir antes que renunciar á la empresa.

Almagro volvió á Panamá, donde el gobernador le recibió con cierto desagrado, diciendo que no podía aprobar el proceder de los dos aventureros; pero Luque intervino, y consiguió que se escuchase la petición de Almagro más favorablemente, y el gobernador llegó á consentir, si bien le desagradaba que Pizarro reconociese á su compañero como igual en categoría. Este último, muy resentido, sospechó que Almagro había querido ponerle en mal lugar con el gobernador, y esto fué causa de que se mostraran los dos cierta frialdad algún tiempo.

Zanjadas, al fin, las dificultades, los asociados firmaron un memorable contrato que debía servirles de base en sus futuras operaciones. En este documento, después de evocarse los nombres de la Santísima Trinidad y de la Virgen, consignábase que las partes contra-

tantes, estando autorizadas para descubrir y subyugar los países y provincias situadas al S. del golfo, pertenecientes al imperio del Perú, y atendido que Hernando Luque había adelantado los fondos para la empresa, en barras de oro por valor de veinte mil pesos, los dos socios se comprometían mutuamente á repartir por igual entre sí todo el territorio conquistado. Los dos capitanes se comprometían solemnemente á consagrarse tan sólo á esta empresa hasta llevarla á cabo, y, en caso de faltar ellos á lo convenido en el contrato, prometían reembolsar á Luque los fondos adelantados, debiendo servir de garantía cuantos bienes poseyeran. Esta declaración sería instrumento suficiente para proceder contra ellos con la misma fuerza que si procediese de un tribunal de justicia.

La escritura, que llevaba la fecha del 10 de marzo de 1526, fué aprobada por Luque, y firmáronla como testigos tres respetables ciudadanos de Panamá en obsequio á Pizarro y Almagro, pues ninguno de ellos debía escribir su nombre.

Tal fué el singular contrato por el cual tres hombres oscuros se proponían conquistar y repartirse entre sí un imperio, de cuya existencia, extensión, fuerza y situación no tenían ningún conocimiento seguro. Se compraron dos barcos, que, montados por unos ciento cincuenta hombres, hiciéronse á la vela, dirigidos por un sagaz piloto llamado Bartolomé Ruiz. Se gobernó desde luego con rumbo al Río de San Juan. Al llegar á la desembocadura, vieron en las márgenes numerosas viviendas indias: Pizarro desembarcó á la cabeza de una partida de soldados, y, sorprendiendo un pueblecillo, llevóse un considerable botín de ornamentos de oro, con algunos prisioneros.

Embriagados con el éxito, comprendieron que la vista de los ricos despojos, tan rápidamente obtenidos, sería lo suficiente para atraer aventureros de Panamá, y se acordó que Almagro regresara con el tesoro para buscar más refuerzos; mientras que Ruiz, con el otro barco, reconocería el país hacia el S. Pizarro permanecería en las inmediaciones del río con el resto de la fuerza.

El primer lugar en que Ruiz ancló fué la Isla del Gallo, que se halla á unos 2° al N.; pero como los habitantes parecían hostiles, dirigióse á la Bahía de San Matías (según se llama ahora), y no le sorprendió poco divisar de pronto una vela. Al acercarse, reconoció que era una balsa muy grande: en ella iban varios indios, y cerca de ellos vió mucha plata y oro y un paño muy rico, al parecer. Los españoles escucharon ansiosos los informes de aquellos indios, sobre la riqueza que había en las inmediaciones, y Ruiz detuvo á varios de ellos para que repitieran sus palabras ante el comandante, y también á fin de enseñarles el castellano, para que pudieran ocuparse más tarde como intérpretes con sus compatriotas. Después, prosiguiendo su curso, el piloto avanzó hasta la Punta de Pasado, alcanzando así la gloria de ser el primer europeo que, navegando en

esta dirección hacia el Pacífico, había cruzado la línea equinoccial. Conseguido esto, viró de bordo, y regresó á poco al punto á donde había dejado á Pizarro con sus compañeros.

Tiempo era ya de que llegase, pues los hombres de aquella escasa partida habían sufrido rudas pruebas á causa de los peligros á que se hallaron expuestos. Al penetrar en el interior, vieron que los bosques eran de cada vez más espesos; las colinas se elevaban una tras otra, y á cada paso encontrábase un barranco ó algún precipicio de espantosa profundidad; muchos españoles fueron muertos por los caimanes, y otros perecieron á mano de los indígenas. Catorce de los hombres de Pizarro fueron cogidos á la vez y arrojados en una canoa oculta en la orilla de una corriente. A esto se agregó el hambre, y las nubes de mosquitos obligaron á los infelices aventureros á sepultar sus cuerpos hasta la cara en la arena. Sólo se pensaba en volver, y, excepto Pizarro y algunos hombres audaces, los demás pedían á gritos que se los condujese á Panamá.

En esta crisis fué cuando Ruiz volvió con la noticia de sus brillantes recibimientos, y poco después Almagro se presentó también con provisiones y voluntarios.

Reanimados completamente, continuaron su marcha; pero la estación favorable había pasado ya; los vientos se resolvían en tempestades, y los navegantes fueron juguete de los elementos hasta que llegaron á la Isla del Gallo. Aquí permanecieron quince días, y después dirigióse á la Bahía de San Matías. Los pueblos eran cada vez más numerosos, y cuando los barcos anclaron fuera del puerto de Tacómez, los españoles vieron una ciudad de dos mil casas al menos, que excitó su codicia al observar evidentes señales de riqueza. Pero los habitantes se mostraron muy hostiles. Una legión de ellos, que no contaría menos de diez mil guerreros, ocupaba la orilla; y solamente gracias á una casualidad, ó, mejor dicho, á un afortunado accidente, que fué la caída de un jinete, que asombró á los salvajes, Pizarro pudo retroceder á tiempo con su gente, que había desembarcado con la esperanza de hablar a los naturales.

Acto continuo se celebró un consejo de guerra: algunos aconsejaron que se renunciase á la empresa; pero Almagro opinó que era mejor hacer como antes, es decir, dejar á Pizarro con parte de la fuerza, mientras que él iba á Panamá á buscar reclutas. Esto enojó á Pizarro, quien se quejó de que siempre se le dejase atrás con los bosques y los pantanos, y con este motivo siguióse una viva discusión; mas, al fin, se adoptó el plan de Almagro, y Pizarro permaneció en la Isla del Gallo. Esto produjo gran descontento entre los aventureros, los cuales se quejaron de la crueldad de sus jefes; pero Almagro interceptó sus cartas, excepto una que se ocultó en un gran ovillo de algodón, destinado á la señora del gobernador.

Poco después de la marcha de Almagro, Pizarro envió el otro barco á Panamá bajo el pretexto de reparar algunas averías; y de es-

te modo quedó libre de una parte de su gente, que, animada del espíritu de motín, más bien le servía de obstáculo que de auxilio en su triste situación.

Gran desanimación produjo el regreso de Almagro á Panamá, pues la carta remitida en un ovillo de algodón cayó en las manos á que iba destinada, y muy pronto circularon noticias exageradas sobre su contenido. Pedro de los Ríos, el nuevo gobernador, se encolerizó mucho por el resultado de la expedición; negóse á prestar más auxilios, dudando del futuro éxito, y, por último, envió un oficial á la Isla del Gallo con orden de volver acompañado con todos los españoles que allí había. Se habían montado dos barcos con este objeto, y confiése el mando á un tal Tafur, natural de Córdoba.

Entretanto, Pizarro y sus hombres sufrieron los aguijones del hambre en mucho mayor grado que en ninguna otra ocasión. Incesantes lluvias inundaban la isla de continuo, y así es que la llegada de Tafur, con sus barcos bien provistos de víveres, fué saludada con alborozo, no pensándose ya más que en el embarque para abandonar aquellas insostenibles regiones.

Pero en el mismo barco iban cartas para Pizarro, de sus amigos y compañeros, los cuales le aconsejaban que persistiese en su primer propósito, por lo cual el atrevido aventurero se preparó á probar fortuna por el E.

Desenvainando su acero, trazó con él una línea de E. á O., y, volviéndose después hacia el S., exclamó:

—¡Amigos y compañeros: por aquél lado están las fatigas, el hambre, la desnudez, las tempestades, la deserción y la muerte! ¡Por este otro, la comodidad y los placeres! ¡Allí se halla el Perú con sus tesoros; aquí Panamá con su pobreza! ¡Que cada hombre diga lo que más cumple á un valeroso castellano! ¡En cuanto á mí, voy por el S.!

Así diciendo, pasó á través de la línea trazada, siguiéndole el intrépido piloto Ruiz, el caballero Pedro de Candía y otros once aventureros, cuyos nombres nos parece oportuno citar aquí.

Eran: Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candía, Domingo de Soría Luce, Nicolás de Ribera, Francisco de Cuéllar, Alonso de Molina, Pedro Alcón, García de Férez, Antón de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Paz y Juan de la Torre.

Tafur consideró esto como un acto de desobediencia y hasta como una locura; de modo que con gran dificultad se le indujo á dejar una parte de los víveres que había traído para todos.

Tenía algo de asombroso, á la vez que de sublime, el hecho de que trece hombres llevaran su intrepidez hasta el punto de acometer una empresa que parecía muy superior á todas cuantas se recordaban en los anales fabulosos de la caballería andante. Aquel puñado de hombres, sin víveres, sin ropas, casi desarmados, sin conocer el país que debían recorrer, sin barco que los transportase, á quienes se

abandonaba en una solitaria roca en el Océano, y que se proponían conquistar un poderoso imperio, exponiendo sus vidas, debían producir, seguramente, una profunda impresión de asombro en el ánimo de los que iban á separarse de ellos. Aquella fué la crisis del destino de Pizarro.

Se permitió á Ruiz volver con Tafur para cooperar en unión de Luque y Almagro, y poco después de su marcha, habiendo resuelto Pizarro elegir desde luego un punto para establecer su cuartel general, trasladóse con sus compañeros en una balsa á un lugar llamado Gorgona, á veintidós leguas al N. de Gallo: hallábase á cinco del continente, y no había habitantes. En aquel lugar desolado, donde llovía de continuo, los aventureros, algo abatidos ya, permanecieron siete meses, pues el gobernador de Panamá estaba tan resentido por la obstinación de Pizarro, que rehusó enviarle más socorros; pero Luque y Almagro influyeron, y, al fin, aquella autoridad consintió en flotar un barco, aunque sin más hombres que los estrictamente precisos para la maniobra, y con instrucciones en que sólo se concedían á Pizarro seis meses de tiempo para volver.

Pizarro se regocijó mucho al ver que llegaba un barco; pero disgustóle que no hubiera conducido más reclutas. Dos de sus hombres estaban tan enfermos, que fué forzoso dejarlos con algunos indios amigos; y, reuniendo los demás con los naturales de Tumbéz, salió de aquel *infierno*, según le llamaron los españoles, para dirigirse hacia el Tumbéz.

A los pocos días dieron vista á Punta Pasa-do, y, cruzando la línea, penetraron en aquellos mares desconocidos, que ninguna quilla europea había surcado antes.

Veinte días después de su marcha de la isla tocaron en las aguas del golfo de Guayaquil, desde donde se veían en el país numerosas ciudades y pueblos.

Los españoles anclaron, al fin, fuera de la isla de Santa Clara, á la entrada de la bahía de Tumbéz. Al acercarse más, divisaron una ciudad de considerable extensión, con muchos edificios de piedra y construcciones de cal y canto, situada en un fértil prado. El pueblo de Tumbéz acudió á la orilla y escuchó ansioso los informes de sus compatriotas que acompañaban á Pizarro: parecióles que los extranjeros eran seres de un orden superior, y muy pronto le enviaron balsas cargadas de frutos, vegetales, caza y pesca y cierto número de llamas, el cuadrúpedo más común del país.

El jefe peruano quiso saber por qué Pizarro y sus compañeros abordaban en aquellas orillas, y Pizarro les dijo que iba para sacarlos de las tinieblas, enseñándoles lo que era el cristianismo. Desde entonces, en todas partes hizo comprender á los indígenas que el deseo de su bien, y no el amor al oro, era lo que les conducía á tan lejana tierra.

Al día siguiente, Pizarro envió á tierra á uno de sus hombres, llamado Alonso de Molina, acompañado de un negro que llevaba algunos regalos. Los naturales experimentaron el

mayor asombro al ver á aquellos dos hombres: su traje, su complexión y la larga barba de Molina admiraban á todos, y el español volvió á bordo, donde habló á sus compañeros con el mayor entusiasmo de la riqueza y las preciosidades que había visto. El relato pareció extravagante, y al día siguiente enviósse á tierra á otro emisario, Pedro de Candía, á quien

ca de la costa, á fin de que no pasara desapercibido para ellos ningún lugar de importancia. Por todas partes veían señales evidentes de civilización general, y después de llegar á un punto situado á 9° mas allá del lugar visitado hasta entonces por ningún otro navegante, volvieron otra vez hacia el N.

(Se continuará)



Pizarro, acompañado de algunos de los suyos, llegó á un pueblecillo indio

se juzgaba más digno de confianza. Quiso presentarse de punta en blanco, como si fuese á un combate, y los indios quedaron más asombrados aún al ver su brillante armadura; pero cuando disparó su mosquete y se vió como se inflamaba la pólvora, quedando partida la tablilla que servía de blanco, todos se dejaron caer en tierra, cubriéndose el rostro con las manos. El caballero volvió á bordo, é hizo una descripción más maravillosa aún que la de Molina sobre las bellezas y los tesoros del país. Los españoles le escucharon con loca alegría, porque parecían ver realizados sus sueños; mas, no contando con fuerzas para intentar nada, Pizarro no podía aprovecharse de su descubrimiento.

Habiendo tomado más informes, los aventureros volvieron hacia el S., manteniéndose cer-

*** PENSAMIENTOS ***

—No hay persona con menos ganas de aprender que la que nada sabe.

—El estudio es al espíritu lo que la gimnasia al cuerpo.

—La hipocresía no es una pasión, sino la careta de todas las pasiones.

—Los contemporáneos prodigan elogios: sólo la posteridad hace justicia.

—La moral es la higiene del alma.

—La venganza es luz que ofusca la del entendimiento, pero que brilla ufana en lo más recóndito de nuestro corazón.

—El amor agrada más que el matrimonio, por la sencilla razón de que las novelas son más divertidas que la historia.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESEVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA